

## ADICIONES A MI ESPAÑA MUSULMANA \*

En 1946 publiqué la primera edición de *La España musulmana* que dediqué a la Facultad de Filosofía y Letras en la que enseñaba yo a la sazón. Los arabistas han debido reconocer que en ella recogí los textos editados hasta allí relativos al pasado del Islam hispano. Se han hecho después seis ediciones de tal obra. En las realizadas en España —las dos primeras aparecieron en Buenos Aires— he ido añadiendo nuevos testimonios a las versiones reunidas en la inicial.

Hace algún tiempo se halló en Marruecos un tomo de la gran obra del magno historiador andaluz del siglo XI, Ibn Ḥayyān. Fue al cabo publicado el texto árabe y hace unos meses ha aparecido en Zaragoza una versión española de ese volumen del *Muqtabis*. Abarca la mayor parte del reinado de 'Abd al-Raḥmān III, el primer soberano Omeya peninsular que, después de pacificar Al-Andalus —la España islámica— tomó el título de califa. El volumen traducido es particularmente importante porque el príncipe en él historiado emprendió una serie de campañas contra la cristiandad norteña.

El tomo a que vengo aludiendo es muy abultado. No puedo ni soñar con reproducir en la nueva edición de mi *España musulmana* —está traduciéndose al francés y al árabe— sino algunos fragmentos del mismo. He seleccionado pasajes donde se narran incidencias pintorescas y peregrinas de la vida en el harén califal y se registra la crueldad abominable de 'Abd al-Raḥmān. Referida ésta por otro gran historiador andaluz del siglo XI, Ibn Ḥazm, muy devoto de la dinastía Omeya, su procedencia excluye la sospecha de una tendenciosa exposición de la vida del califa.

Junto a estos textos he seleccionado dos relatos de la gran aventura califal contra el reino de León que terminó en la doble derrota del ejército islámico, primero en Simancas y luego en Alhándega. Ibn Ḥayyān recoge en su largo relato de la gran catástrofe múltiples testimonios de diversos autores del mismo siglo X en que se realizó la empresa, sobre todo

---

\* Nos enorgullece encabezar este número de *Cuadernos*, el primero tras la desaparición de su insigne fundador, con unas páginas por él preparadas en el otoño de 1983 poco antes de caer enfermo.

de los Rasis, grandes historiadores contemporáneos, y el largo parte oficial de la empresa.

He sospechado muchas veces y muchas apuntado tal sospecha, que en los archivos califales se conservaban los partes oficiales que los generales redactaban de sus empresas bélicas. He podido alegar muy claros indicios de tal realidad. La inserción en el tomo del *Muqtabis* de que me ocupo, del relato oficial de la empresa por 'Isà ibn Fuṭays muy allegado al soberano, ha confirmado mis conjeturas y mis afirmaciones de otrora.

Es enorme el contraste que separa las noticias de los cronistas sobre la campaña desgraciada, del esfuerzo adulatorio del cronista oficial. Esa evidente duplicidad me ha forzado a recoger separadamente las noticias más o menos realistas —siempre, claro está, parciales— de los historiadores contemporáneos y el texto oficial que intentaba salvar el recuerdo de la derrota, desfigurando la narración de la misma.

Quede dicho que de la gran aventura bélica no poseíamos hasta hoy sino narraciones muy tardías y muy esquemáticas.

Era sabido que la reina Tota de Pamplona estaba emparentada con el califa de Córdoba. En la segunda mitad del siglo IX cayó prisionero de los musulmanes andaluces el navarro Fortún, miembro de la dinastía de los Arista e hijo y sucesor de García Iñiguez. Fue a Córdoba a consolarle en su largo cautiverio una de sus hijas. Se prendó de ella el futuro emir 'Abd Allāh y en ella engendró al príncipe Muḥammad, padre de 'Abd al-Raḥmān III, que era por tanto nieto de una princesa navarra. Cuando esta princesa volvió a sus lares se casó y de ese matrimonio descendía la reina Tota contemporánea del vencido en Simancas y Alhándega. Ibn Ḥayyān al darnos noticias de una campaña del califa contra tierras pamplonesas nos refiere la recepción por él de la soberana cristiana y registra la vinculación consanguínea que les unía. He recogido el relato del gran historiador cordobés de tal entrevista.

Ibn Ḥayyān consigna sin escrúpulo alguno la ejecución en Córdoba de un flechero cristiano que había caído cautivo y había sido llevado a la capital del califato y había sido allí condenado a muerte sin respeto alguno a su condición de prisionero. He creído oportuno reproducir la noticia.

Y no va más porque he de limitarme aquí a recoger algunas de las noticias más sabrosas de este nuevo volumen del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān que descubren entresijos de la vida en la corte cordobesa y describen las incidencias de la gran campaña del 939 que hasta ahora no conocíamos bien y cuyos relatos anteriores habían dado lugar a múltiples errores históricos.

## I

## INTRIGAS EN EL HAREN

... [Fue] la que más privanza tuvo entre todas con él su esclava Marḡān, madre de su más noble hijo varón, su heredero al-Hakam, y de sus dos hermanos 'Ubaydallāh y 'Abdal'aziz, a la que cupo darle el tercio del total del número de sus hijos, distinguiéndose entre todas las concubinas por haberle parido a su hijo mayor a quien correspondió ser su heredero y sucesor. Pues su señor, an Nāṣir li-dīn Allāh, la elevó por encima de la categoría de todas ellas por la solidez de su carácter y privilegiada circunspección, distinguiéndola con la designación de "Gran Señora", cuando cayó en su consideración su esposa coreichita, única libre y primera entre sus mujeres, Fāṭima, hija de al-Mundir, hermano de su abuelo, hijo del emir Muḡammad, a la cual había escogido por su parentesco, aficionándose a ella y colmándola de atenciones.

Pero la maledicencia de sus esclavas-madres puso a Marḡān tras Fāṭima, la cual la abrumó calumniándola con envidia ahincadamente, mas, habiendo aquélla advertido lo pagada de su persona que estaba y lo mucho que presumía por su linaje, la confianza de su primo y a causa de su propio padre, hasta el límite de la tontería, se puso al acecho para tenderle en tal punto la trampa, humillándose para atraerle el desprecio de su señor, hasta encontrarle el punto flaco, de manera que la elevación de Fāṭima ante el califa se vino al suelo de modo tan completo que ya no la recuperó en su vida, y Marḡān fue desde entonces la única preferida y preponderante, mientras su rival coreichita era, de resultas, abandonada por an-Nāṣir li-dīn Allāh, aunque mantenida bajo potestad marital pendiente y en disfrute de los correspondientes beneficios, hasta que falleció en vida de él, habiéndole dado entre sus diez hijos principales al que se le impuso el nombre de al-Mundir, en consideración a su abuelo materno, y fue uno de los nueve que llegaron a heredar a su padre an-Nāṣir li-dīn Allāh, sin contar los fallecidos en vida suya.

En cuanto a Marḡān, la rival que la había perdido, también falleció en vida de él, aún preferida y enaltecida, soberana exclusiva de la mejor parte ... en todos los años de su larga vida. Tras ella pasó la preferencia y el favor a la que cuidaba a an-Nāṣir li-dīn Allāh, llamada Muṣṡāq, madre del menor de sus hijos, al-Muḡira, la cual lo dominó en sus últimos años, de modo que quiso preferir a éste, a su propio pesar, pues los caprichos del amor del anciano por su última mujer son irrefrenables: así pues, fue el hijo de ésta la última criatura de ambos grupos (mujeres e hijos) a quien prefirió hasta el punto en que murió (q.e.p.d.).

*Versión de al-Qubbaši del ardid de Marjān*

El alfaquí al-Ḥasan (B. Muḥammad) b. Mufarriḡ al-Qubbaši relata la manera en que Marjān, madre del califa al-Ḥakam, hijo de an-Nāṣir li-dīn Allāh, se impuso a su rival coreichita, la hija de al-Mundir, quitándole su posición ante an-Nāṣir y granjeándole su abandono definitivo, en su obra acerca de las noticias de los califas marwānīes. Dice así:

"Me contó Talāl, el secretario eunuco eslavo palaciego, uno de los servidores eslavos más avisados, inteligentes y fiables, empleados al servicio del harén, que la gran señora Marjān, madre del califa al-Ḥakam, estaba entre las favoritas de mejor carácter, a causa de su urbanidad y elegantes maneras, que apreciaba su señor, an-Nāṣir li-dīn Allāh, de modo que constantemente procuraba su frecuente compañía, gustándole su servicio, haciéndola acudir a menudo y agradándole su habilidad, pues habíanle sido dadas inteligencia, perspicacia, buenas maneras, dulzura, hermosura física, donosura de palabra, gracia en los gestos y gallardía física en mayor medida que a ninguna mujer, lo cual le envidiaban sus compañeras, juzgándola indigna de ello, mas ella se fortaleció utilizándolo y fue subiendo, aumentando su privanza con an-Nāṣir hasta superarlas a todas, sobreponiéndose incluso a la mayor de ellas, la esposa coreichita, con lo que alcanzó la cúspide del señorío y el monopolio de la preferencia de su señor, el califa.

Fue el motivo de que la prefiriese a su señora coreichita, su prima e hija del emir al-Mundir, así como a las demás favoritas, que un día en que se había quedado a solazarse en un jardín de palacio con las esclavas que había llamado, tras divertirse a su gusto, sintió deseos de ir hacia su esposa, la señora coreichita, hija del emir al-Mundir, su tío, noble dama de la que se había prendado al comenzar su califato, antes que de otras que gozaron posteriormente de su favor, pues había sido, en efecto, una de sus primeras mujeres, con quien se casó en el palacio califal, donde vivía bajo la égida de su abuelo, el emir, tío de ella, que la había adoptado al fallecer su hermano al-Mundir, teniéndola con todo halago bajo su tutela y en su domicilio: an-Nāṣir se desposó con ella cuando accedió al poder, obteniendo su privanza y dándole un hijo, Abū l-Ḥakam al-Mundir b. 'Abdarrahmān, conocido hasta hoy por "el hijo de la coreichita", apelativo heredado por sus descendientes; fue, pues, una de las más nobles y distinguidas damas de los omeyas, sin más salvedad que la debilidad de opinión y cortos alcances de que no se libran las mujeres.

Y ocurrió que, cuando la deseó an-Nāṣir en aquel día de holganza, llamó a una de las camareras de servicio y le dijo: "Ve a la gran señora

en persona, transmítele nuestro saludo y hazle saber que esta noche seremos su huésped, para que se prepare, Dios mediante". La camarera fue y le transmitió el mensaje del califa, con el que aquélla se alegró, diciendo: "Sea mi señor bienvenido a quien es suya, con honor y holgura: ¡qué excelente nueva que yo procuraba y por alcanzarla volaba!". E hizo dar a la camarera una magnífica recompensa, mas ocurrió que la portadora del mensaje encontró junto a ella presente a algunas de las esposas del califa an-Nāṣir así como a esclavas madres, entre ellas Marḡān, madre del heredero al-Ḥakam, quien con su irresistible gracia y fina astucia no dejó de dirigirse a la coreichita, felicitándola por la grata ocasión y congratulándola por aquella noche, abalanzándose sobre ella a besarla y diciendo: "Dios te bendiga, noble señora, con este favor que te alcanza, y te dé parabién en la buena nueva inminente, otorgándote el beneplácito y concediéndote la mayor alegría y agrado: en hora buena sea el vicario de Dios tu huésped esta noche y duermas al lado del señor universal: ¡parabienes, señora, parabienes para ti y de ti". Y demostrando satisfacción, tomó el laúd y lo tañó, cantando una melodía que se le ocurrió con un ritmo según el cual agitaba sus miembros (*raġaz*):

¡Oh noche tal que si me fuera vendida o pudiera comprarse  
adquiriría yo al precio de cuantos son mis más caros deseos!

Y, embriagada de satisfacción, volvía a empezar, hasta que le dijo la coreichita con su gravedad: "¡Pobre Marḡān! Estás exagerando en felicitarme por esta noche, lo cual se debe a tu demasiada tontería y liviandad, pues ¿cómo puede compararse con nuestras primeras noches de claro esplendor, noches de solaz y de cuanto en ella me deleitó, esta noche menguada por todo reproche, y demasiado compartida para el soliloquio, que habré de pasar en mi aposento en su mansión, en el turno suyo que me toca? Díjole aquélla:

"Señora, el placer está en la novedad, y el alma ha de sufrir los inconvenientes de su primera morada: pardiez que todo el mundo es poco comparado con esta gracia que te ha otorgado Dios y que ojalá disfrutes completa y totalmente, pues juro que si pudiera comprarla/con cuanto ahora poseo, sin retener más que el vestido con que me cubro, lo daría todo de buena gana, considerando que ganaba en el trueque". Díjole entonces la coreichita: "Ay de ti, necia: ¿me comprarías esta noche mía de que tanto hablas, si te la vendiera?". Dijo aquélla: "Sí, pardiez, señora. pídemelo que quieras". Dijo la coreichita, bromeando y no de propósito: "Dame por ella diez mil dinares y te la vendo". Y dijo la otra: "Acepto y compro a mi satisfacción". Y, yendo a su aposento,

reunió cuanto tenía en metálico hasta completar veinte bolsas que despertaron la codicia de la coreichita, invadiéndola al punto el deseo de tenerlas, de modo que ordenó a su ama de llaves cogerlas, a lo que dijo Marḡān: "Noble señora, necesito un escrito firmado por tu distinguida mano, de que me has vendido esta noche y me pertenece, para poder basarme en él ante nuestro señor, el califa, y que me otorgue mi derecho". Lo cual pareció a la coreichita poca cosa, fiada de su benevolencia y pensando que su primo, el califa, tomaría su acción como jugarreta graciosa de mujer, de manera que hizo a Marḡān una escritura de su puño y letra, autenticándola con el testimonio de la favorita del califa.

Marḡān fue con la escritura a su aposento, se arregló, dispuso el aposento y su cámara, aderezóse con sus mejores perfumes y galas y se plantó en el camino que había de conducir al califa a la coreichita, de manera que cuando éste partió del lugar donde se solazaba y, poniéndose en marcha, vino en dirección a su esposa coreichita, le salió al paso Marḡān con el más hermoso aspecto, las más fastuosas joyas y el más penetrante perfume, diciéndole: "Ven a mí, hijo de los califas, pues Dios me ha hecho gracia de tu proximidad y puesto a merced de tu justicia, y tú eres juez de jueces y misericordia de Dios sobre la humanidad: He comprado el que pases conmigo esta noche con cuanto poseía, dándolo a cambio, mal negocio ha hecho tu esposa en lo que me ha vendido sin conocerlo. Esta es la escritura que te informará de mi demanda: dame, pues, lo que es mío". Y le tendió la escritura hecha por la coreichita y autenticada por las esposas, según la cual le había vendido aquella noche: al verla, le pareció demasiado, ensombreciéndosele el rostro y llenándosele el ánimo de ira contra su prima, pero se calmó rápidamente, satisfecho de Marḡān y admirado/por la nobleza de su acción en su sincero amor, y le dijo: "Marḡān, el deseo de tenerme cerca y la avidez de tenerme más a menudo ¿te han movido a desprenderte de semejante dineral, que yo te había dado, como precio de una noche que se te hacía tardar, pero que no podía escapársete, al estar cerca tu turno?". Dijole: "Hijo de los califas, ¿me crees perdidosa en mi acción? Pardiez, pardiez, pardiez que si poseyera este alcázar y cuanto contiene, no me parecería precio suficiente por una hora en que te pertenezca y por un momento que tenga a solas contigo, ¿cómo, pues, he de pensar que es demasiado por una noche contigo esta cantidad que me había otorgado tu mano generosa?". Dijole él: "Nada puedo replicarte, Marḡān: parábien y enhorabuena, pues tu negocio ha sido ventajoso y tu gestión, próspera. Has demostrado nobleza de espíritu y sincero afecto; malhaya mi prima que ha ignorado lo que valgo y me ha vendido por vil precio, despre-

ciándome: más me vales tú; llévame a tu aposento, pues estoy en tu mano, prisionero de tu afecto”.

Y quedándose con ella, pasó la noche y alargó su estancia con ella varios días, lo que fue causa de que lo cautivara y se apoderase de su corazón, pues le apreció el encariñamiento que le tenía y su apego, haciéndola señora de sus mujeres, grande entre sus favoritas y administradora de su alcázar, poniendo todo en sus manos y fiando de ella en lo público y lo privado. Le repuso pronto con creces el dinero que había entregado a su esposa coreichita, y su ascendiente con él fue aumentando hasta dominarlo, pues se deshacía por sus menores deseos, adclantándose a todas sus mujeres, hasta el punto de que las esposas y favoritas de an-Nāṣir no conseguían sus demandas y deseos ante él sino por mediación e intercesión de Marṣān, a causa del favor de que disfrutaba en su posición y del dominio que tenía sobre su corazón, de manera que si tenía una indisposición o sufría de melancolía, no se quedaba sino con Marṣān, ni le cuidaba otra, ni le agradaba más tratamiento que el suyo, ni tenía alivio más que en su cura y cuidado. Dios le dio de ella cinco de sus hijos más estimados y de posición más alta entre sus hermanos, a saber, tres nobles príncipes de los que el mayor y más sobresaliente fue Abū l-ʿĀṣī al-Ḥakam, primogénito y preferido de su padre y heredero suyo, y sus hermanos ʿUbaydallāh y ʿAbdal-ʿazīz, y sus hermanas, / hijas asimismo de Marṣān, Hind y Wallāda. Y esta señora Marṣān no cesó de disfrutar su situación privilegiada con su señor, an-Nāṣir li-dīn Allāh, hasta que falleció a fines de su reinado.

En cuanto a su esposa coreichita, nunca pudo recuperarse de su tropiezo hasta morir, pues juró no ir a verla más, dándole la opción de permanecer bajo potestad marital pendiente, abandonada pero conservando su salvaguardia, o bien ser repudiada. Ella prefirió permanecer con él hasta que falleció en vida suya, a continuación de Marṣān, sin que la llorara cielos ni tierra. Pues su rival Marṣān no le dejó mérito alguno con las buenas obras pías que hizo, inigualadas por cualquiera de las mujeres de an-Nāṣir, tales como las limosnas que prodigó y ayudas que ofreció, mezquitas que construyó y legados píos que instituyó: Una de sus obras más notables fue la gran mezquita atribuida a “la Señora” en el arrabal occidental, hoy arruinada pero que fue una de las de construcción más espaciosa en Córdoba y de mejor hechura, cuyos servicios, lavatorios, guardianas y muchedumbres que la frecuentaban eran atendidos gracias al espléndido legado que había instituido para ésta y otras de las mezquitas de la ciudad, con campos de elevado valor y abundante renta, situados en la parte occidental de Córdoba, a todas las cuales se continuó subvencionando de dichas amplias rentas a lo largo de los años,

en toda la extensión de los capítulos señalados en el documento de la institución, esto sin contar una manda que hizo de elevada cuantía para obras pías de distintos loables fines, y que encomendó a su hijo el príncipe heredero al-Ḥakam. Por su mediación reconfortó Dios a muchas criaturas perpetuando su recuerdo entre los buenos: en paz descanse.

## II

### *(Palabras de Ibn Ḥayyān acerca de los vicios de an-Nāṣir)*

He de decir que el sabio alfaquí Abū Muḥammad 'Alī b. Sa 'id. b. Aḥmad b. Ḥazm al-Andalusī contradice todas las bondades de este califa, aparentes a la gente y transmitidas por los historiadores, borrándolas y cancelándolas con la mención de feos defectos, pues dice en su libro *Naqṭ al-'Arūs*, de peregrinas noticias, al mencionar las faltas de su tatarabuelo al-Ḥakam b. Hišām, el tirano del Arrabal, haciendo un inciso acerca de este 'Abdarrahmān an-Nāṣir li-dīn Allāh: "'Abdarrahmān an-Nāṣir li-dīn Allāh no quedó lejos de su tatarabuelo al-Ḥakam b. Hišām en el modo de lanzarse al pecado y cometer dudosos actos, abusando de sus súbditos, entregándose cínicamente a los placeres, castigando con crueldad y teniendo en poco la efusión de sangre. El fue quien colgó a los hijos de los negros en la noria de su palacio a modo de arcaduces para sacar agua, haciéndolos perecer, mientras que hizo cabalgar a su impúdica bufona Rasis en cortejo, con espada y bonete, siendo así que era una vieja malvada desvergonzada, por no mencionar otras fechorías suyas ocultas, que Dios conoce mejor".

Debo decir lo que he oído de maestros, cercanos por su generación de aquella dinastía, sobre la brutalidad de an-Nāṣir li-dīn Allāh para con las mujeres que estaban bajo su protección y a su discreción, similar a la que manifestaba en público a los hombres, según noticia de los principales de sus más íntimos servidores cunucos que habitaban en su casa y contemplaban su vida íntima: Una esclava que era una de sus favoritas más enaltecidas y consideradas, pero cuyo carácter altivo no se rendía suficientemente ante su engrandecimiento, habiéndose quedado con él a solas en uno de sus días de asueto para beber en el jardín de az-Zabrā', sentada a su lado hasta que la bebida hizo en él su efecto, al echársele sobre su rostro a besarla y morderla, se disgustó con esto y le torció el gesto, desviándole el cuello y empañando su diversión: ello

le provocó tal cólera que mandó a los eunucos que la sujetaran y le acercaran la vela al rostro, quemando y destruyendo sus encantos... ante su vista, hasta que/ le destrozaron la faz, quemándola malamente y acabando con ella, lo que fue uno de sus peores actos.

De él cuenta así mismo su verdugo, Abū 'Imrān, al que tenía siempre a sus órdenes con sus utensilios, que una noche lo llamó a su aposento en el palacio de an-Na'ura (la Noria), donde Yahyā había pernoctado con su espada y su tapete de cuero. Entró, pues, con su instrumento al aposento donde bebía, y lo halló sentado en cuclillas, como un león sobre sus zarpas, en compañía de una muchacha, hermosa como un órix, sujeta en manos de los eunucos en un rincón, la cual le pedía misericordia, mientras él le respondía de la manera más grosera. Díjole entonces: "Llévate a esa ramera, Abū 'Imrān, y córtale el cuello". Cuenta éste: "Yo remoloné, consultándole como de costumbre, mas me dijo: Córtaselo, así te corte Dios la mano, o si no, pon el tuyo". Y el servidor me la acercó, recogién-dole las trenzas y descubriendo el cuello, de manera que de un golpe le hice volar la cabeza, mas el golpe de la hoja produjo un ruido anormal, aunque no había visto que diera en nada. Luego se llevaron el cuerpo de la muchacha, limpié la espada en el tapete, lo plegué y me fui, mas, cuando entré en mi habitación y lo abrí, aparecieron en él perlas de penetrante brillo y gran tamaño, mezcladas con jacintos y topacios que brillaban como ascuas, todo lo cual recogí en la mano y me apresuré a llevárselo a an-Nāsir, éste lo rechazó enseguida y me dijo: "No se nos ocultaba su existencia, pero quisimos hacerte gracia de ello: tómalo y que Dios te lo bendiga". Y con ello adquirí esta casa. Así dice el que lo transmite.

### III

#### CAMPAÑA DE SIMANCAS Y DE ALHANDEGA

##### NOTICIAS DE LOS HISTORIADORES

Dice 'Isà b. Ahmad ar-Rāzī: Cuando an-Nāsir decidió lanzar este año una aceifa contra los enemigos de Dios de Yilliqiyya, que Dios extermine, al haberse desembarazado de quienes les habían permitido liberarse de su acción, los rebeldes insurrectos contra la comunidad musulmana, ordenó hacer preparativos anticipadamente, reuniendo muchísimos reclutas andalusíes, a más de las gentes de las ciudades bajo su obediencia, /

y tribus bereberes rurales, enviándoles cartas de incitación a la guerra santa, convocándolos y avivándoles el deseo y dándoles para llegar a al-Andalus y sumarse a su marcha un amplio plazo que no dilataría, al tiempo que apremió a los gobernadores de al-Andalus a enviarle cuantos tuvieran, reduciendo permisos y engrosando las expediciones: por aquel entonces y luego se hizo famoso entre las gentes el párrafo de la circular que les envió, diciendo: "sea vuestra leva, más que leva, congregación".

Partieron así muchos, de buen o mal grado, siendo los cordobeses los que contribuyeron más y más pesadamente, para quitar a los provincianos cualquier propósito de excusarse, alcanzándose en la concentración el colmo y multiplicándose los accesorios de viaje, pertrechos militares y flamantes armas, para cuyo transporte se recurrió a una multitud de acémilas con gran dispendio, pues transportóse en esta campaña peso nunca igualado por rey ni gobernante entre sus antecesores. La parada correspondiente se adelantó algún tiempo antes de la partida, según su costumbre y propósito, teniendo lugar el jueves, quedando 8 noches de *šā'hān*, que fue 1 de junio del calendario solar cristiano, y la partida, el sábado, 8 de ramadán (29 de junio 939), una vez reunidas las tropas de la población urbana e incorporados a filas los ribā'tíes norteafricanos y voluntarios de provincias en enorme mesnada e imponente cabalgata, de agradable aspecto y sorprendente imagen, que los poetas describieron en excelentes versos, según costumbre.

Antes de salir con esta expedición, an-Nāšir había enviado al visir y caíd Aḥmad b. Muḥammad b. Iļās con parte de su ejército a la Marca Occidental, para salvaguardia de sus moradores, no fuera el enemigo a hacerle alguna treta, cuando él se internara en su territorio con la aceifa, lo que hizo el lunes, 4 de ramadán (25 junio 939) con distintas unidades de mercenarios.

An-Nāšir avanzó tras él con las fuerzas de la aceifa, hasta acampar en Toledo el jueves, quedando 7 noches de ramadán (14 julio), y allí permaneció 6 días, yendo el jueves, quedando 2 noches de ramadán (19 de julio) a la fortaleza de Olmos y al viernes siguiente, a Calatalifa, produciéndose aquel día por la mañana un eclipse solar que lo oscureció/casi totalmente, pues cubrió a la vista todo el disco salvo pequeña parte. El domingo hizo alto en el Puerto de Tablada y en el ejército se tomó aquel día como de ramadán por un oscurecimiento que impedía ver el creciente a los observadores, completando así el mes y rompiendo el ayuno al día siguiente, lunes, aunque los de Córdoba y otros vieron el creciente de *šawwāl* y rompieron el ayuno el domingo antes.

An-Nāšir irrumpió con sus tropas en territorio enemigo, recorriéndolo durante días de acampada en acampada, en seguimiento de sus propie-

dades y destruyendo sus recursos, hasta detenerse en M.dma el jueves, 5 de *šawwāl* (25 julio) encontrándola desierta y desamparada de sus gentes, que la habían dejado llena de bienes y vituallas, todo lo cual saquearon los musulmanes, procediendo luego a destruirla de consuno, hasta arrasarla, y liberando a cierto número de prisioneros musulmanes que hallaron en sus silos. Pasaron allí dos días, y luego marcharon a la fortaleza de Iscar, que fue hallada desierta, destruyéndola los musulmanes y arrasando los recursos de su gente; fueron luego a Alcazarén, cuyos campos asolaron, alterando su apariencia y borrando sus huellas, y de allí a una acampada junto al río Cega, y desde allí a la fortaleza de Portillo de 'Ā'im, el viernes, 13 de *šawwāl* (2 agosto 939), comenzando los musulmanes a atacar a sus ocupantes.

Muḥammad b. Hāšim at-Tuḥībī, señor de Zaragoza, que se había adelantado con un destacamento de caballería y cruzando el río de Simancas, llamado Pisuerga, que está cerca de la ciudad, encontró al enemigo al otro lado del río, congregado en el llano que hay entre la ciudad y el Pisuerga, trabando duro combate en que los venció y desalojó, derrotados del llano, refugiándose en su ciudad, donde se les metió Muḥammad b. Hāšim. Animándose mutuamente a combatirle, cayeron sobre él y los suyos y se desarrolló una dura batalla, hasta que Muḥammad fue desmontado y, al apearse, abandonado por los suyos y, no pudiendo recuperar el caballo, se le echaron encima a montón los enemigos de Dios: al no socorrerle la caballería, fue cogido prisionero el citado martes, con gran quebranto del sultán y los musulmanes.

El ejército pasó a las puertas de Simancas el día siguiente, miércoles y presentó combate en la mañana que siguió a la noche del jueves, quedando 11 de *šawwāl* (8 agosto), en un violentísimo encuentro, y nuevamente el viernes, siguiente día, encontrando los musulmanes gran entereza, pues aunque en un momento fueron rotas las líneas cristianas, se rehicieron y los rechazaron en vergonzosa desbandada, con enormes pérdidas, y en la retirada, el enemigo los empujó hacia un profundo barranco, que dio nombre al encuentro (Alhándega), del que no pudieron escapar, despeñándose muchos y pisoteándose de puro hacinamiento: el califa, que se vio forzado a entrar allí con ellos, consiguió pasar con sus soldados, abandonando su real y su contenido, del que se apoderó el enemigo, y llegándose a un numeroso grupo que había quedado rebasado por la cabalgada, los recogió en su retirada y se detuvo con ellos encima del Q.štr.b, sin que el enemigo pudiera seguirle, y allí acampó todo el día, cerciorado de que Dios limpiaba las culpas de los musulmanes, y luego regresó, hasta salir por Guadalajara, donde descansó, siguiendo posteriormente a Córdoba.

Muḥammad b. Hāšim quedó preso, en poder del tirano Ramiro hijo de Ordoño, que se aferró a su presa y le marcó subido rescate, no ahorrando an-Nāṣir esfuerzo por liberarlo, hasta que lo consiguió mediante gran dispendio y refinados ardides, llegando a Córdoba libre el jueves, 6 de *ṣafar* del 330 (31 octubre 941), transcurridos dos años, 3 meses y 18 días desde su captura.

*(Versión de Ibn Ḥayyān de la batalla de Alhándega)*

Estas son las palabras de 'Isà b. Aḥmad en su Historia acerca de esta batalla, que se hizo famosa en Al-Andalus, en la que el sultán y los musulmanes sufrieron grave quebranto, pues muchos murieron o fueron llevados cautivos y se perdió el real del ejército, con el pabellón y enseres del sultán, incluido su propio corán y su cota preferida, que fue lo que más duelo le causó, tras mantenerse prolongadamente a pie firme con un grupo de cortesanos en su intento de rehacer a los musulmanes, hasta ser casi alcanzado y tenerle aquéllos que hacer ver la gravedad de su situación y claro riesgo, retirándose entonces a disgusto, mientras seguía la derrota general, de la que no se salvó nadie sino a lomo de caballería, si bien los más de los muertos y cautivos fueron paisanos y voluntarios, pues la tropa en general escapó, cebándose la muerte en los reclutas y las levas. Entre ellos perdinos a nuestro ejemplar abuelo Ḥayyān, Abū Sa'īd Marwān b. Ḥayyān b. Muḥammad b. Ḥayyān, q.e.p.d., al que había cabido el honor de hacer el alarde de los valientes de Córdoba, encontrando allí sangrienta muerte y martirio/entre las muchísimas gentes de todas clases que perecieron, superiores en importancia a nuestro anciano.

Fue evidente aquel día la hipocresía de algunos notables militares que, rencorosos contra el sultán, rompieron las filas e iniciaron la desbandada, atrayendo a los musulmanes la derrota y perdiéndolos. El primero y más descarado de ellos fue el traidor Furtūn b. Muḥammad b. Tawīl quien, en el paroxismo del combate, reprendió a gritos al caído de an-Nāṣir, Na'īda b. Ḥusayn, con perverso contento por lo tramado, diciéndole: "Abū l-Walīd ¿podrás nuevamente hacer daño al ejército?". Y, dando su grito de guerra, huyó pensando volver al lugar de donde ya fuera desalojado, mas an-Nāṣir lo alcanzó con un mensajero que mandó tras él, con órdenes de detenerlo, el cual se le adelantó en su huida y lo trajo de vuelta preso, siendo rápidamente crucificado a la puerta de palacio el día en que volvió el califa a Córdoba de esta campaña. Fue un escarmiento, con que se desquitó, y asimismo crucificó a varios de sus iguales, que habían hecho lo mismo, y a los que no perdonó el tropiezo.

*(Cambio de política del califa)*

An-Nāṣir quedó abrumado por su fracaso en esta campaña, sin paralelo en todo su anterior período y, disgustado con su suerte tenía confusos pensamientos y no era justo consigo, por lo que se le aconsejó distraer sus preocupaciones con su mayor placer, la construcción. Dicen que se dedicó a ella de modo absorbente, fundado az-Zahrā' más abajo de Córdoba, poniendo en la holgura y majestad de sus edificios el descanso de su mente y olvidándose de lo demás, pues desde entonces dejó de guerrear personalmente, delegándolo en sus valientes, hábiles y resueltos alcaides, a los que mandaba en aceifas cada año sin falta, limitándose en los nombramientos para las ciudades de la Marca Superior, que controlaban los accesos, a la nobleza local que las había heredado de sus antepasados, los valientes y tenaces tuḡibíes, Banū Dī n-Nūn, Banū Zarwāl, Banū Gazlīn, Banū at-Tawīl, Banū Razīn y similares, señores desde antiguo de sus fronteras y defensores de su población. Dividió el país entre ellos en lotes, renovándoles a ellos y sus sucesores en cada parte y anualmente sus nombramientos con amplias atribuciones, y no dejando de regalarlos, si venían, y de mandarles obsequios, si se alejaban, sin que ahorraran ellos esfuerzo por mantenerse en la obediencia con que se guardaban, ni escatimaran ataques al enemigo suyo y de los musulmanes. No obstante, aunque defendidas sus fronteras y atacado su enemigo constantemente, él no dejaba de enviar fuertes aceifas, que partían en el verano de cada año desde su capital con diversas unidades de voluntarios, sin pretexto, alcanzando las más alejadas fronteras e importantes puntos débiles con sus principales y más hábiles caídes, aguerridos en la acción, afortunados y esforzados, quienes, doblando su número, aterraban al enemigo y lo hollaban indefectiblemente, con lo que se sucedían las conquistas, acompañándole el triunfo y corriendo a él la fortuna, de modo que pasó la mayor parte de su califato tranquilo en su trono, disfrutando la holgura de su reinado y sin volver a guerrear, hasta que murió, q.e.p.d.

*(Versión de ar-Rāzī)*

Dice 'Isā: An-Nāṣir partió de regreso con su ejército de Guadalajara a la capital el jueves, 11 de *ḡu l-qáda* (29 agosto) haciendo alto en *Ā.rbí*... Sopetrán, Maḡāris y en la ciudad de Toledo, donde pasó 4 días, partiéndose de allí el jueves hacia Faḡy Sirāy y luego a Malagón, donde le trajeron al desertor Furtūn b. Muḡammad b. at-Tawīl que había

causado la derrota musulmana, a quien mandó por delante a Córdoba con el gran eunuco Ibrāhīm y con Qāsīm b. Tumlus, tras castigarlo.

De Malagón, an-Nāṣir partió el sábado, haciendo alto en al-Birka, desde allí fue a Manzal... y a Q. bān.š en el río Guadalmez, y desde allí a Tyrbntyta, y luego a Callana, a Armillāt, y a la acampada de la Almunia de Naṣr, donde pernoctó, entrando en formación en el alcázar de Córdoba al día siguiente, cumplida ya su orden de crucificar a Furtūn b. Muḥammad b. at-Tawil por disgregar el ejército e hipocresía, lo que se hizo a la puerta de as-Sudda, la mayor de palacio, congregándose mucha gente a verlo.

#### IV

#### (TEXTO DEL PARTE DE GUERRA)

El párrafo en que se da noticia de esta batalla en el parte de victoria enviado por an-Nāṣir a la capital con las nuevas de la campaña, redactado por el secretario 'Isà b. Fuṭays, tenía el tenor que aquí reproduzco:

"El califa había pedido ánimo a Dios en la noche y le había consultado acerca de partir a Simancas, capital infiel y lugar de reunión del cristianismo, en que descansaba el enemigo de Dios a salvo de ardidés y fiado de su inexpugnabilidad, para demostrarle la verdad de la palabra de Dios en apoyo de su religión, mantenimiento de los suyos y glorificación de sus califas en oriente y occidente, pese a los infieles.

Agregó, pues, al jefe de la vanguardia los gobernadores de las Marcas, con su tropa, caballeros y paladines, reforzó las alas del ejército con los suyos, despachó a la caballería con sus armas e hizo frente a la mesnada infiel con sincera intención, constante ánimo, nutrida hueste y, escuadrones que llenaban el espacio y cohortes que rebosaban por los senderos, yendo por el llano como entre colinas, con rutilantes y largas corazas, pareciendo al moverse agitado oleaje y al pararse, era su polvareda noche oscura.

Cuando las tropas se acercaron adonde estaban los puercos, éstos se agruparon, saltaron a sus caballos y treparon a las alturas, contemplando a los escuadrones de la fe divina con corazones deshechos de pánico, impidiéndoles el miedo avanzar y poniendo entre ellos y los

musulmanes el Pisuerga, fiados de su dificultad y pocos vados, cuando repentinamente se encontraron con la vanguardia del ejército detrás, pues Dios les había facilitado el paso y eran seguidos por el tren de ruta.

El califa escogió un montículo elevado, desde donde pudiera ver el ejército musulmán, ordenando acamparan allí y que avanzara con él la caballería, pues las mesnadas infieles se habían reagrupado, tremolando/sus cruces y fiados del demonio que los ha engañado. Los musulmanes, ansiosos de encontrarlos, no se esperaban unos a otros, ni los caballeros acomodaban a los peones, pasando de las lanzas a las espadas y metiéndose en el mortal tumulto como quien defiende lo legítimo, temiendo que le sea arrebatada al poco su progenie. Nunca vieron los musulmanes combate más duro ni día de batalla más largo que aquél, mas la ayuda divina les hacía llevadera la situación, hasta romper las filas infieles y conmovier sus apoyos que eran las cimas de los montes y los terraplenes de los caminos, empujándolos hacia su campamento, mientras las pezuñas de la caballería levantaban tal polvareda que quien estaba en el centro de la batalla no veía a los de derecha e izquierda.

Muhammad b. Hāsim avivaba la llama en su mismo foco por largo tiempo y con próximo riesgo, hasta que, derribándole el caballo y no sabiendo nadie que había caído, quedó preso en manos de los puercos, que lo dejaron con vida, cuando ya no había esperanza, y volvieron a luchar con recobrado ánimo, cuando los musulmanes se retiraban a su campamento, tras haber dado muerte a notables, condes y valientes caballeros infieles de probada entereza, produciéndoles gran quebranto.

Cuando amaneció el califa en su campamento, mandó entregar montura a los que habían perdido la suya y premiar a los que se habían distinguido en el combate. Los infieles salieron a la lid como cernidos por el enemigo, con los corazones deshechos por el daño recibido: al tercer día de acampada, el califa ordenó al jefe del ejército atacarles de mañana, cuando habían recibido refuerzos de los confines de Pamplona, Alava, al-Qila' y gentes de Castilla, además de los infieles de Coimbra, pues con ellos había toda clase de cristianos. Dio, pues, la llamada a los musulmanes para salir bajo sus estandartes y disponerse a encontrar al enemigo, lo que hicieron diligentemente; el jefe del ejército bajó, dispuso la formación, reforzó con hombres las unidades de apoyo y, ocupando el centro, desde donde se distinguía la caballería de ambas alas, hizo avanzar a los combatientes, manteniendo consigo alguna caballería, de modo que si veía debilidad en algún punto la remediaba con ella, con lo que los musulmanes llevaban la mejor parte de la refriega, que fue muy violenta, como si la muerte sólo se cebara en los nobles y condes infieles, de los que cayeron el conde de Gormaz, el sobrino del puerco,

el hijo de Fernando, y el decano y patrono de la cristiandad, el hijo de Ramiro, con muchos otros valientes caballeros, concluyendo la lucha en su derrota y desalojamiento de los montes donde habían subido, cerrando el paso con caballería e infantes en la idea de que nadie los vencería, mas fueron estrepitosamente sacudidos, y los musulmanes se retiraron victoriosos y a salvo del encuentro, pernoctando con la mayor tranquilidad.

Los enemigos de Dios, creyéndolos cansados de lucha, y habiendo recibido nuevos refuerzos, se pusieron en marcha, con las cruces por delante, saliendo jinetes y peones y lanzando su caballería ligera contra la parte más inmediata del ejército, mas los musulmanes se les abalanzaron como fieros leones, repitiendo la gesta y combatiendo con las espadas hasta terminar el lance con muchas bajas entre sus principales, que hubieron de lamentar, volviéndose y retirándose, humillados por Dios, que los golpeó e hizo valer poco su número, haciendo que los musulmanes parecieran más a su vista. Estando en su propio terreno, su situación era mala, a pesar de su número, fácil aprovisionamiento de intendencia y escasa dispersión en un combate que tenía lugar mañana y tarde, cual si estuvieran sitiados en una fortaleza o fueran parte desbandada de un ejército al que no pudieran volver.

El califa con sus tropas, reclutas y personas de experiencia y honor seguían atacando y reduciendo a los enemigos de Dios, cuando se les iban acabando el grano y los pertrechos, habiendo ya alcanzado su objetivo extremo de humillar a los infieles, ocupándoles el campo, mientras su tirano se refugiaba en un alto monte, en cuya cima esperaba librarse, por lo que ordenó partir, redoblando la atención y el número para protección de la retaguardia del ejército puesto que esperaba que los infieles salieran en su rastro, y empezó la marcha, sin que los enemigos de Dios se atrevieran a observar el paso del ejército sino desde lejos y desde las alturas, mientras él recorría su país lentamente, hasta ir al Duero y darse de cara con la campiña de la fortaleza Mambblas, que con su población fue destruida, sin dejar en Yilliqiyya fortaleza que no demoliese, ni recurso por destruir, hasta llegar a la ciudad de Roa, que halló totalmente desierta, dedicándose a destruirla, así como a la fortaleza de Rubiales durante dos días, que parecieron a los enemigos de Dios más largos que dos años, por los destrozos que causó en sus recursos, casas que destruyó y arbolado talado.

El califa se proponía avanzar por el Duero a San Esteban y Gormaz, al escasear las provisiones y ser escaso el forraje que había sido destruido, pero la gente que le acompañaba de Guadalajara y sus fortalezas se le quejaron de lo que sufrían a causa de los infieles del valle del Riaza y

sus castillos, suplicándole insistentemente que hiciera pasar el ejército por éstos y por sus campiñas, diciéndole que esto sería mucho más útil para ellos y los tagarinos que penetrar en país infiel a hacer daño a quienes ni les enviaban algara ni les hacían violencia, con lo que desvió el ejército hacia el Ríaza, sin dejar fortaleza por destruir, ni alquería por devastar, ni recurso por agostar.

Al llegar a su final y no quedar al ejército lugar por recorrer, ordenó a los guías que indicasen el camino más apropiado, y cómodo para los musulmanes, que llevaban las acémilas muy cargadas, y seguro, a la fortaleza de Atienza, coincidiendo en que había que ir por la fortaleza de Q. štr. b y desechando cualquier otra salida. Cuando el califa empezó a seguir esta ruta y hubo hecho parte de la jornada, encontró un jaral impenetrable a un solo cuerpo y del que difícilmente se desembarazaría uno yendo sin impedimenta y sin que se lo estorbaran, llegando luego a abruptos barrancos, tremendos precipicios y escarpados tajos, que los infieles conocían y adonde se llegaron, lanzando sus jinetes contra la zaga del ejército. Tuvo lugar un combate en que perdieron cierto número de paladines y esforzados hombres, que de haber sido en donde pudieran verse los dos bandos, habría sido causa de su derrota, mas confiaban en la aspereza y esperaron a que se adelantasen los combatientes y se agolpasen las unidades pesadas.

El califa con sus hombres y cortesanos protegió a los musulmanes durante varias horas del día, hasta que los más avanzaron y pasaron el barranco los bagages, salvo aquellos a quienes falló la acémila o no tuvieron ánimo de arrearla. Al ver los infieles hueco, gritando desde las cimas de las montañas, bajaron como cabras y se apoderaron de bagages y acémilas cargadas en número tal que, de haberlo hecho en lid de guerra o campo abierto, combatiendo en circunstancias normales, no habría estado mal.

El jefe del ejército protegió a cuantos pasaron el barranco y se libraron de su angostura, hasta que entraron en el llano y el califa reunió a sus tropas y mesnadas: Dios había salvado a sus hombres, de los que no cayó ninguno, prueba para el que lo escuche de que la batalla no fue derrota, ni consiguieron los infieles nada en términos iguales o por número, sino por la angostura y dificultad del camino adonde les llevó el guía por designio divino/inexorable, en una de las pruebas a que Dios somete constantemente a los suyos, como amonestación, sondeo y disciplina de sus siervos.

El califa agradece a Dios su gran favor, consciente de su poder de prueba y considerando por mor de su obediencia en poco lo que a él afecta, suplicándole que acepte sus palabras y hechos, y te escribe, de

regreso con los musulmanes en perfecto estado por los más fáciles y mejor provistos caminos, ordenándote leer su carta a la gente de tu zona, tras la plegaria del viernes, para que agradezcan mucho a Dios el favor de la victoria de su imán, la salvación de sus hermanos, y general beneficio, pues El ama a los agradecidos y sostiene a los que lo alaban. Hazla copiar asimismo a los gobernadores de las coras a tu alrededor. En Dios está la ayuda.

Dada el lunes 8 de *ḏū l-qa'da* del 327 (27 agosto 939).

*(Alfaquíes de Córdoba caídos)*

Entre los nombres de los alfaquíes cordobeses caídos en esta batalla encontré los de Sa'dān b. Mu'āwiya, discípulo de Ibn Lubāba y al-Qubā'i, persona de talento y entendido en las Cuestiones, que dominaba como los más sabios de su tiempo, Muḥammad b. Fayṣal b. Hudayl, compañero del šayj Ibn Lubāba, con quien aprendió jurisprudencia, experto en Cuestiones, aunque de profesión comerciante del zoco de los herreros, hombre bueno y sabio: téngalos Dios en su misericordia.

V

ABD AL RAHMAN Y LA REINA TODA

Dice: An-Nāṣir se proponía entrar en territorio enemigo por la parte de Guadalajara, mas le apartó de su camino la desobediencia patente del señor de Zaragoza, Muḥammad b. Hāšim at-Tuṣṣībī, quien no se le unió, en contra de sus instrucciones, por lo que desvió la caballería hacia sus distritos, comenzando la campaña con él y haciendo alto en su fortaleza de Maluenda, a cuyos ocupantes combatió con tal denuedo que, agotados en la lucha, pidieron la paz y se sometieron. El accedió a amnistiarlos y, tras recibir su fortaleza, partió de allí hacia otra de las de Muḥammad b. Hāšim, Rueda de Jalón, donde estaba su hermano Yaḥyà b. Hāšim: las tropas la rodearon y combatieron constantemente hasta tomarla por la fuerza, con lo que an-Nāṣir rompió el collar de Zaragoza y tendió trampas a su alrededor, ganándose a la gente de la Marca y quitándoselos a su mal conductor, Muḥammad b. Hāšim, pues situó a sus caídos en Tudela y Tarazona con cierto número de soldados para que hicieran incursiones y hostigasen a los zaragozanos.

Mas, pareciéndole que la guerra santa era más apropiada para enardecer a los voluntarios que llevaba, se dispuso a irrumpir en el territorio enemigo de Pamplona, como zona infiel más próxima a su acampamiento en la Marca Superior; entonces le llegaron mensajeros de la taimada Toda, hija de Aznar que se acogía a su obediencia e invocaba los vínculos de sus antepasados con los del califa, pidiéndole que le concediera la paz y alejara la caballería. / An-Nāṣir le impuso a cambio que viniera a visitarlo en su campamento, como prueba de buena intención, dándole para ello salvoconducto, lo que se apresuró a hacer en unión de sus más notables hombres, condes y obispos, llegando prontamente a sus reales en Calahorra, con un buen regalo. An-Nāṣir ordenó que, a su entrada, se colocara el ejército en formación y equipo de gala, lo que ella contempló sobrecogida, siendo luego llevada a su tienda, donde él estaba solemnemente instalado, y recibéndola con algunos de sus condes; ella le rindió los honores apropiados y expuso humildemente sus peticiones y razones; siendo bien acogida y agasajada por an-Nāṣir, que hizo con ella y sus condes un pacto, con el que Dios honró al islam, que estimulaba su completa sumisión y su desentendimiento de los restantes reyes cristianos, aliados, parientes, etc., de modo que dejara de socorrerlos y de hacer daño a los musulmanes, abriendo sus caminos y ayudando a los caídos de la frontera contra todo insurrecto. Toda debería liberar a los rehenes que tenía de los Banū Dī n-Nūn como fianza de un pago que no pudieron hacerle, condición que le impuso en nombre de ellos y que aceptó: eran cuatro, dos hijos de Yaḥyà b. al Fath, un nieto suyo y un hijo de su primo. Concluido el tratado que se hizo jurar a los bárbaros, an-Nāṣir hizo atestiguar su propio cumplimiento por el ejército y dio en investidura al hijo de la reina, García hijo de Sancho, el vascón, Pamplona y sus distritos, regalándole a ella y sus acompañantes abundantes presentes y vestidos que agradaron a todos; en el mismo día, se marchó regresando a su país, satisfecha del negocio, y se apresuró a liberar a los hijos de los Banū Dī n-Nūn, permaneciendo en recta obediencia.

## VI

## (CRUCIFIXION DE ABŪ NAṢR)

En este año fue crucificado en la calzada, a las puertas del alcázar de Córdoba, el arquero cristiano conocido por Abū Naṣr, uno de los hombres del rebelde Ibn Ḥafsūn que, en días de 'Umar, se había hecho

famoso por su puntería para alcanzar blancos remotos, que rara vez fallaba, con lo que vinieron a morir por su mano muchos musulmanes y se le temió grandemente. Por aquel entonces fue hecho prisionero y traído a puertas de palacio, ordenando el sultán se le crucificase y asae-teara por el daño que había hecho a sus hombres y a cuantos combatieron a los malvados que defendía: una vez izado en el leño, a la vista del nutrido/público que reclamaba su sangre, fue acribillado por las saetas de los arqueros, hasta ser alcanzado en puntos vitales y atravesados sus miembros, acabando con su malvada vida y quedando en el madero como un erizo durante varios días, hasta que se ordenó bajarlo y quemar sus restos, lo que se cumplió para satisfacción de la gente, a Dios gracias.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ †